

Acuden pues á la real bandera  
Una gran lealtad con desengaño  
De hombres tan cabales, que cualquiera  
Pudiera deshacer pérfido daño:  
Pero Garcia Ruiz, que alcalde era,  
El buen Miguel Holguin, Joan de Avendaño;  
Siguen con gran valor leal desino  
Bartolomé Camacho y Pero Niño.

Un Diego Montañés acudió luego,  
Paredes Calderon y otro Paredes,  
Y aquel claro Rincon llamado Diego  
Por á Velandia pluma que bien puedes,  
Y á Rodrigo Suárez Savariego,  
Pues son varones dignos de mercedes,  
Y á Miguel Sanchez, Joan Rodriguez Parra  
Cada cual de su rey fiel amarra.

Cuando gente por Tunja se hacia  
De la que nunca supo ser ociosa,  
La clara Santa Fe menos dormia,  
Que cierto la tenia valerosa.  
Y así de fortaleza y bizarria  
Nunca jamás se vido mejor rosa:  
Lucidas armas, jóvenes galanes,  
Insignes y admirables capitanes.

Ondean los penachos, lucen mallas,  
Convocan los soldados á bandera  
Céspedes y los dos viejos Olallas,  
Y aquel fuerte varon Joan de Ribera:  
Usados á reencuentros y batallas  
Y excelentes varones donde quiera,  
Siendo también iguales al socorro  
Los capitanes Orejuela y Zorro.

No quiso libertarse de las bregas,  
Antes á ellas mas se determina,  
El que hoy es mariscal Fernán Vanegas,  
Lanchero y Andrés Vazquez de Molina.  
Las nuevas que venian eran ciegas,  
Porque la nueva cuanto mas camina  
Tanto mayor se hace por do pasa,  
Sin señalalle término ni tasa.

Esperábase pues el duro Marte  
Por todos estos hombres principales,  
Nombrando cada cual en su estandarte  
Ministros necesarios y oficiales;  
Y con seguridad en toda parte  
De gentes sanas, buenas y leales,  
Porque el olor de cosa diferente  
Aqueste nuevo reino no consiente.

Es demás desto grande su aspereza  
Y sus defensas bien acomodadas,  
Por las fortalecer naturaleza  
De peñoles y sierras levantadas;  
Inespugnable es la fortaleza  
De que son rodeadas sus entradas,  
Pues ya sea peon, ya caballero,  
Ha de venir á él por contadero.

No criara tirano furibundo  
Ni leña de que salga tal candela,  
Aquí no hay quien ande vagabundo  
Ni junta de baldios que mal buela:  
Si le llamas ciudad al nuevo mundo,  
Llamad á este alcazar que la vela,  
Pues será de traición y vida ancha  
Para siempre jamás libre de mancha.

Esto se mostrará por esperiencia  
Agora y en los siglos venideros,  
Pues no menos será la descendencia  
Que fué la lealtad de los primeros:  
En servir á su rey gran advertencia,  
Eso me da mestizos que herederos;  
Y el que pensare ver contrario efeto  
Digamos ser inicuo su conceto.

Estando pues el reino de manera  
Que Aguirre no hallara mal recado,  
Monroy trajo la nueva cómo era  
El y su gente ya desbaratado;  
Y así quiero volver donde me espera  
A contar el reencuentro deseado;  
Y para rematallo con mas gusto  
Haremos del injusto canto justo.

## CANTO SETIMO,

Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la justicia que dió y otros se hizo, con el cual se remata ansimismo esta historia, y la primera parte de las elegias.

Quien á delitos feos se desmanda,  
Lo que tiene por claro le es oscuro;  
Y aquello que juzgó por cosa blanda  
Se le tornó rigor cruel y duro;  
Porque quien cerca del peligro anda  
Riesgo notorio toma por seguro;  
Y es cierto que quien malos pasos trae  
Hace lazos y hoyos en que cae.

Ansí donde pensaban los tiranos  
Hacer de mas potencia su partido,  
Allí hallaron belicosas manos  
Fiel consorcio, fuerte y escogido,  
Que dieron fin á hechos inhumanos  
Y al desinio bestial desvanecido,  
Aunque se castigaron los traidores  
Con harta mas modestia que rigores.

Pues cuando se tomó Burburuata,  
Que estaba como dije sin gentío,  
La gente desleal de quien se trata  
Tomaron en sus puertos un navío,  
No con copia de oro ni de plata,  
Porque de vinos era su carguio;  
Pero tomaron buena artilleria,  
Cosa que muy al caso le hacia.

Acostumbrando siempre las usadas  
Insolentes y feos crueldades,  
Aguirre mató dos á puñaladas,  
Por no querer seguir sus vanidades:  
Andaban desvergüenzas derramadas,  
Muy estendidas deshonestidades  
Con algunas mujeres afligidas  
Que estaban por los montes escondidas.

Para poder pues ir á los lugares,  
Cuyos robos y sacos pretendia,  
Tomaron muchas bestias caballares  
En que poder llevar artilleria;  
Quemaron casas, huertas y lugares  
Y cuanto por delante se ponía;  
Y con este rigor sin resistencia  
Llegaron al lugar de la Valencia.

Entraron las soberbias compañías  
Tirando por las calles tiros vanos,  
Por estar de vecinos ya vacías,  
Y ellos y sus mujeres muy lejanos.  
Mas no sé por qué tratos ó qué vias  
Cayó don Julian entre sus manos,  
Y fué de su desgracia lo mas negro  
Prendelle la mujer y suegra y suegro.

Allí buscó también quien se escapase  
Pedrarias no queriendo mas seguillo,  
Y al Julian mandó se lo buscase  
Y diese orden para descubrillo,  
Si acaso no queria que pasase  
La mujer y los hijos á cuchillo;  
Y como su decir era hacello  
Buena maña se dió para prendello.

El pobre que se vido prisionero,  
Hincado de rodillas le decia,  
Que pues era leal y caballero  
Huyese de hacer tal villanía,  
En entregar al lobo carnicero  
Oveja que de tanto mal huía;  
Y pues buscaba buenos y leales  
Fuese favorecido de los tales.

Y respondióle: «yo, señor, me muevo  
A hacer fealdad que no quisiera,  
Mas hacer lo contrario no me atrevo  
Por tener en rehén mi compañera:  
Y bien entenderéis que, si no os llevo,  
La despedazará la bestia fiera;  
Será pues muy menor inconveniente  
Morir vos solo que morir mi gente.»

Teniendo pues Pedrarias conocida  
La voluntad contraria de su ruego,  
Le dijo: «No penseis en mi partida,  
Si con ella pensais ganar el juego.  
El me ha de quitar allá la vida;  
Mejor será que vos me mateis luego,  
Llevalde mi cabeza por agora:  
Quizá libertareis esa señora.»

Por la causa que tengo ya contada,  
Era de lo llevar codicia tanta,  
Que luego con los filos del espada  
Comenzó de cortalle la garganta.  
Mas como vido sangre derramada  
La furia de su brazo se quebranta,  
Y al miserable con sangrienta mano  
Llevó sobre sus hombros al tirano.

Al maestro mayor del desconcierto  
La victima ya dicha se presenta,  
Y por le parecer que estaba muerto  
De la venganza hizo poca cuenta:  
Curáronlo después con tal concierto  
Que se pudo librar de la tormenta  
De la canalla vil y mal tirano,  
Y á este reino vino bueno y sano.

Puestos pues los vecinos en aprieto  
Ausentes de sus casas y en huida,  
A la ciudad de Baraquecino  
El campo del traidor hizo partida,  
De cosas necesarias al efeto  
Toda su gente bien apercebida;  
Y la gente leal también se llega  
Y para su defensa se congrega.

En este territorio ya contado  
Y poblaciones que le son sujetas  
Era gobernador Pablo Gollado,  
A quien llamaba yo Pablo Faldetas,  
Por ser un hombre mal ejercitado  
Entre los atambores y trompetas,  
El cual andaba, ya vista la cosa,  
Para poner los pies en polvorosa.

Mas entendida ya por trujamanes  
La fuerza de contrarios estandartes,  
Acudieronle luego capitanes  
Ejercitados en guerreras artes,  
Que recelando vueltas y desmanes  
Dejaron las tenencias de sus partes  
Vino de los primeros con su seña  
El mariscal Gutierrez de la Peña.

Anduvo Terepaima luego listo  
Recogiendo gran copia de valientes  
Y como principal y mas bien quisto  
Determinó hablar á los presentes:  
«Buenos amigos míos, habeis visto  
En cuán poco nos tienen estas gentes;  
Y cómo cuatro gatos entran dentro  
Sin recelar zozobra ni reencuentro.»

«Páreceme ser justo que se prendan  
Estos atrevidos cristianos,  
Sin que se dé lugar á que descendan  
De nuestras altas sierras á los llanos,  
Para que todos ellos comprehendan  
Cómo también acá tenemos manos;  
Que la ventaja ya la vemos presta,  
Pues tenemos las piedras y la cuesta.»

«Ya veis á Joan Rodriguez dónde asoma  
Con siete moconies ó vasallos;  
Mas yo le haré presto que no coma  
Ni le valgan los pies de sus caballos:  
Dejémoslo llegar bajo la loma  
Para poder mejor señorearlos;  
Espías en lo alto para vellos,  
Y al tiempo de bajar demos en ellos.»

De la suerte que veis se concertaron  
Robusta juventud y los de canas,  
Y aquel término todo rodearon  
Con flechas, dardos, piedras y macanas.  
Los nuestros á la loma se llegaron  
Sin recelo de gentes comarcanas:  
Pasan por ella pues, y en descendiendo  
El mundo se hundía con estruendo.

De parte donde estaban escondidos  
Salen con gran furor compañías largas,  
Dan saltos, gritos, voces y bramidos,  
Flechas, piedras y tiros van á cargas:  
En piernas, pechos, rostros son heridos,  
Sin poder reparar con las adargas;  
Si por aquí no hay reparo cierto,  
Por acullá les dan en descubierto.

Ansí como por tiempos acontece  
Con la fuerza del austro proceloso,  
Que el aire se condensa y escurece  
Formándose ruido temeroso,  
Y con aquel ruido luego crece  
El áspero granizo riguroso,  
Dejando los repechos y collados  
Aquella tempestad embarazados;

Acuden á romper tiranas redes  
El capitán Ruiz, fuerte guerrero,  
Y el buen Diego Garcia de Paredes,  
De paternas virtudes heredero:  
Soldados trae dinos de mercedes  
Otro buen capitán, dicho Romero,  
Porque cada cual destos le traía  
La gente de caballo que podía.

Quiso también juntar allí su gente,  
Al servicio del rey aficionado,  
Joan Rodriguez Suárez, el valiente,  
Capitán valeroso y esforzado:  
Mas no le sucedió felicemente  
En medio del camino comenzado,  
Por intentar él, diestro y animoso,  
Camino grandemente peligroso.

Era pues este, Dios le dé su gloria,  
Capitán en Caracas de indios fieros,  
Usados á salir con la victoria  
De grandes y magnánimos guerreros,  
Y él hizo hechos dignos de memoria  
Ayudado de pocos compañeros,  
Y agora no quisiera hacer falla  
Al tiempo que se diese la batalla.

Y porque sus deseos se cumpliesen  
Y los efetos dellos se llegasen,  
Mandó que solos siete los siguiesen,  
Y los otros soldados se quedasen;  
Con que del nuevo pueblo no saliesen,  
Antes con gran cuidado lo velasen;  
Y dicho lo que mas les convenia,  
Con siete de caballo hizo via.

En abreviar jornadas importuno,  
Sin ponerse cosa por delante,  
Y de términos tímidos ayuno,  
Caminó por la sierra circunstante;  
Pero muy poco vale la de tmo  
Donde fuerza de muchos hay pujante:  
Atravesando pues iba la sierra,  
Poblada de feroz gente de guerra.

Su derrota guió por Terepaima,  
El imperio del cual es absoluto,  
Hasta los terminos de Barataima  
Y otro cacique no menos astuto,  
Que dicen proceder de Paraima,  
Y allí suelen llamar Guaicamacuto;  
Aquestos dos con otros aliados  
De su venida fueron avisados.

Ansí fueron las flechas que caian  
Encima del cristiano caballero,  
Y aquesto visto, todos revolvan  
Pugnando cada cual de ser primero;  
Pero cómodamente no podian  
Por haber de pasar por contadero  
Y por las partes diestras y siniestras  
Había cantidad de gentes diestras.

Las furias de los indios mas cercanos  
Andaban de temor tan apartadas,  
Que los quieren tomar vivos á manos,  
Mas no lo consentian las espadas:  
Las cuales pocos golpes daban vanos,  
Pues hendian cabezas y quijadas,  
Y con esfuerzo de ventura falto  
Procuraban volver á lo mas alto.



Terepaima con cierta confianza  
De le salir á bien lo comenzado,  
Tiró de dura palma larga lanza,  
Y á Carpio traspasó por el costado:  
Faltóle de vivir el esperanza,  
Del caballo cayó desalentado,  
Con el cuerpo mortal la tierra mide,  
Y el alma de las carnes se despide.

Suárez por los indios se metía  
Con impetuosisimos furioses,  
Y á los otros que restan les decía:  
«Ea, mis compañeros y señores:  
Que hoy, según que vemos, es el día  
Do conviene mostrar vuestros valores.»  
Hacia tales cosas el Suárez  
Que le hacían francos los lugares.

El mancebo Fajardo de Guevara  
También iba haciendo maravillas,  
No cesa, no reposa, nunca para,  
Rompiendo por las impías cuadrillas;  
Mas de las infinitas una jara  
Le traspasó las armas y ternillas,  
Andaba todavía muy esperto,  
Mas á cabo de poco cayó muerto.

En este mismo punto se desmanda  
Un escuadrón de gente bien armado  
A cercar el caballo de Miranda,  
Que estaba casi muerto de cansado;  
Y no teniendo fuerzas de su banda,  
De quien allí poder ser ayudado,  
Una larga macana se adereza  
Que le hizo pedazos la cabeza.

Con tan vivo calor el sol ardía,  
Que los humanos cuerpos abrasaba:  
Aquel ardor mortal los afligía,  
Y la terrible sed los fatigaba:  
Remedio de su daño no se vía,  
Socorro de Dios solo se esperaba;  
Y estaban ya los vivos de manera  
Que cada cual de vida desespera.

Aunque de indios hay muchos sin vidas,  
Acudian por puntos á nubadas,  
Y en lo alto mujeres prevenidas,  
Que de flechas también iban cargadas  
Y en vasos cantidad de sus bebidas  
Para tales calores apropiadas:  
Mientras los unos andan en el juego  
Los otros en beber toman sosiego.

Mas el beber de la salvaje gente  
Eran tragos mortales en nosotros,  
Faltándoles vigor que los aliente  
Y los lijeros hueros de sus potros;  
Ni les daba lugar la sed ardiente  
Para poder hablar unos con otros:  
Flaca la resistencia que se prueba  
Porque siempre venía gente nueva.

Llegaron pues algunas ordenanzas,  
Cuyos cuerpos y caras van pintadas,  
Con grandísimo número de lanzas  
De puntas muy agudas y tostadas:  
Prometiéndose ciertas esperanzas  
De dar fin á las guerras comenzadas;  
Guacamacuto guía la hilera  
Y á los otros habló desta manera:

«Apartaos afuera, moconies,  
En tan flacos reencuentros ocupados:  
Dejadnos estos pocos de cortes,  
Comeré de sus carnes á bocados.  
Quitálles hemos ya los borceguies,  
Los cosetes y sayos estofados.»  
Estos entre los otros se entremeten  
Y con lozanos brios arremeten.

Enruidadas las puntas penetrantes  
Con impetu feroz arremetieron,  
No siendo poderosos ni bastantes  
A resistir la fuerza que pusieron:  
Y así mataron todos los restantes,  
A Joan Rodríguez no, que no pudieron,  
El cual se derribó de su caballo,  
Y fué porque no pudo meneallo.

De sí solo haciendo la reseña  
Necesidad le hace que despierte,  
Tomando por espaldas una peña  
Que fué detenimiento de su muerte;  
Y con aquel amparo les enseña  
De cuánto valor es su brazo fuerte:  
De cuando en cuando del lugar salía,  
Y hecho mucho daño se volvía.

Por cierto no serán cuentos inciertos  
Si por verdades ciertas os declaro,  
Tener delante tantos indios muertos  
Que casi le servían de reparo:  
Pues sus indios ladinos descubiertos  
Contaron lo que cuento muy al claro,  
Y también cómo antes que muriese  
Le hacían los indios que se fuese.

Pero ya lamentaba su pecado  
Al tiempo que decían de la ida,  
El pecho, según dicen, traspasado  
Y en los postreros trances de su vida:  
Quedóse pues enhiesto y arimado  
El alma de las carnes despedida,  
Y aunque vivan que no se meneaba  
De temor ningún indio le tocaba.

El fuerte capitán, leal vasallo,  
Murió con los intentos que llevaba;  
Por cuya causa quiero ya dejallo  
Para decir que cuando se esperaba,  
Con escogidos veinte de á caballo,  
Pero Bravo llegó con furia brava;  
De muchos dellos dije ya los nombres  
Y no me acuerdo de los otros hombres.

Al tiempo que llegó donde quería  
Halló como con otros diez varones  
El gobernador Pablo se huía  
De los incorregibles marañones:  
Bravo dijo lo mal que lo hacía,  
Y á los demás les dió reprehensiones,  
Diciéndoles defendan con la lanza  
Las tierras que les dan en confianza.

Estar como lo vía muy doliente  
Por disculpa le dió Pablo Collado;  
Mas después que del reino vido gente  
No se mostraba tan acobardado;  
Y así hizo volver incontinentemente  
En busca del traidor desacatado,  
Nombrando á Bravo para mas honrallo  
Por capitán de gente de á caballo.

Al tiempo que lo tal acontecía,  
Y el Collado volvía mas brioso,  
Gutierrez de la Peña no dormía,  
Ni Paredes andaba de reposo:  
Pues cada cual la gente recogía  
Por término sagaz y valeroso;  
Y en parte y en lugar acomodado  
Tenían por el rey campo formado.

Sabiendo que el Aguirre ya venía  
Con todos sus pertrechos y guerreros,  
A lo espiar salió Diego García  
Con obra de cuarenta compañeros.  
Para contar la gente que traía  
Y cuánta cantidad de arcabuceros,  
Pusiéronse en lugar tan oportuno  
Que todos los contó sin faltar uno.

Las centinelas puestas en lo alto,  
Viendo que se pasaron las reseñas,  
Y su servicio de defensa faltó  
A la gente leal hicieron señas:  
Saltóse luego para hacer salto  
El buen Diego García de las breñas;  
Tomó bestias y tiros ya cargados,  
Y bienes que dejaron rezagados.

El buen acortamiento deste hecho  
Al Aguirre le fué muy mal aceto,  
Y mas en no poder haber provecho  
De los que lo pusieron en efecto:  
Llegó con estas furias y despecho  
A la ciudad de Baraqueinetto,  
Donde halló las casas y posadas  
De todo morador desocupadas.

Llegado, de las suyas hizo luego  
Aquel digno de mas que mala muerte,  
Pues por todas las casas puso fuego,  
Y en un corral de tapias hizo fuerte;  
Y para ser en todo mas que ciego  
A don Joan de Corella se convierte,  
Diciendo: «vos en toda la jornada  
Nunca hecistes cosa señalada.»

«Es pues mi voluntad que metáis prenda,  
Y para que esta sea conocida,  
Por vuestra mano quiero que se encienda  
La iglesia, sin que sea socorrida;  
Y así digo que nadie la defienda,  
So pena de perder luego la vida;  
Y el caballero vil, torpe, nefando,  
Lleno de vil temor cumplió su mando.»

«¿Qué gran merecimiento si muriera  
Por no hacer tan grave sacrilegio!  
Pero cumpliólo él como si fuera  
O cosa de virtud ó mando regio:  
Muy contenta quedó la bestia fiera  
Y su sceleratísimo colegio;  
Desventurado fué tu nacimiento  
Pues que tanta maldad te da contento.»

Viniendo pues Collado con el Bravo  
Y aquella valerosa compañía,  
Huyó del campo dellos un esclavo  
Siguiendo la tiránica porfía:  
Su pecho no lo sé mas hecho clavo,  
Pues dijo mas de aquello que sabía,  
Diciéndoles venir copia de lanzas  
Del reino con grandísimas pujanzas.

Al Aguirre pesóle grandemente  
Por los que dijo ser recién llegados,  
Y no sé si deciros á su gente  
Por estar como él todos dañados:  
Anduvo por el fuerte diligente  
Hablando y animando sus soldados,  
Diciendo que serán (si se dan maña)  
Señores del Pirú y de Nueva-España.

Llegados estos hombres principales  
Al campo por el rey allí formado,  
Hizo confirmaciones de oficiales  
Este gobernador Pablo Collado;  
Que como valerosos y leales  
Acudió cada cual á su cuidado:  
Salió por general en la reseña  
El mariscal Gutierrez de la Peña.

Antiguo nombramiento ya tenía  
De maese de campo suficiente  
El fuerte capitán Diego García,  
Que el cargo gobernó bastante;  
Y el capitán Ruiz también regia,  
Que del gobernador era teniente;  
No nombro los demás en el historia  
Porque dellos me falta la memoria.

Hechas todas aquestas elecciones,  
Collado despachó de las hallasen  
Firmadas muchas cartas de perdones  
A cuantos á su campo se pasasen;  
Diciendo no perdiesen ocasiones,  
Y su vida y honor asegurasen:  
Con ellas los tiranos insolentes  
De términos usaron indecentes.

Tres que tenían pecho mas sincero  
Desampararon luego la bandera:  
El uno fué Rangel, otro Guerrero,  
Huyóse después dellos Talavera;  
Y aun halló por indicio verdadero  
Que pudiera huir el que quisiera,  
Mas no sabré pintarlos con vocablos  
Aqueste frenesi de los diablos.

Los nuestros ya pasaban de doscientos,  
Y por mas á favor poder valerse  
Hacían recoger mantenimientos  
Porque el traidor no pueda proveerse,  
Estando ya muy falto de alimentos  
Y sin recurso donde rehacerse:  
Y así perseverantes en sus yerros  
Se comían los asnos y los perros.

Tres arcabuces solamente hallo  
Entre leales para la tormenta;  
Mas habia doscientos de á caballo,  
Hombres de bien para cualquiera afrenta;  
Que cada cual sabia meneallo  
Y que los mas pasaban de cincuenta,  
Cuya cordura daba gran seguro  
Para poder vencer el trance duro.

El tirano, sin otros compañeros,  
Sabemos claramente que tenía  
Ciento y setenta y seis arcabuceros,  
Destruimos á toda puntería:  
Desesperados, malos, carniceros,  
Con otra cierta mas artillería;  
Corríanlos los nuestros hasta el fuerte  
En saliendo á hacer alguna suerte.

A todos los llamaban al servicio  
Del rey con el perdón que prometían;  
Mas obstinados en su maleficio  
Con las fumosas balas respondían:  
Y envejecidos en tan mal oficio  
A la bestia soez obedecían  
En responder sin miedos ni recatos  
Torpezas, desvergüenzas, desacatos.

Quien mas á la venida los incita  
Todos sabemos ser aquel soldado,  
Que cuando se tomó la Margarita  
Huyó de la bandera del malvado;  
Y vino por la costa dando grita  
Diciendo se velasen con cuidado:  
A este como quien lo conocía  
Aguirre solamente respondía.

«¡Oh Pero Alonso, dulce compañero!  
Y ¿piensas escaparte de mis redes?  
Por vida de tu rey, que si no muero,  
De hacerte erecidas las mercedes,  
Con estirarte bien ese garguero  
Y tapiarte después entre paredes;  
Y allí te hartarás de dar pregones  
De las bulas que dices y perdones.»

También el Pero Alonso respondía:  
«Anda, bellaco, vil, de torpe vida;  
Que yo te digo que esa profecía  
Muy presto la verás en ti cumplida:  
Llegando se te va tu triste día  
Y el fin de tan enorme despedida,  
Cairán tus sanguinosos estandartes,  
Y tú te partirás por cinco partes.»

Dado ya fin á su razonamiento  
Con cólera de justa destemplanza,  
La gente del traidor ayuntamiento,  
Alentada de vana confianza,  
Renegaban de tanto sufrimiento  
Por selles peligrosa la tardanza;  
Y así determinó la vil canalla  
De dar á los leales la batalla.

Cualquiera por su parte representa  
Bravos y feroces movimientos,  
Jurando de la dar sanguinolenta,  
Por ser ellos crueles y sangrientos;  
Era pues por el año de sesenta  
Con mil y un año mas sobre quinientos:  
En aquesta sazón y coyuntura  
Vimos estos extremos de locura.

Vispera de Simon y Judas era  
Cuando salen del fuerte los traidores,  
Campéase la sérica bandera,  
Tocábase guerreros atambores.  
En su concierto va cada hilera,  
Todos ellos ajenos de temores,  
Los cuerpos, las cabezas reparadas  
Con cotas, coracinas y celadas.

Con espadas de raso coloradas  
Una bandera negra va pendiente:  
Como señales ya determinadas  
Para no reservar cosa viviente,  
Ni mujeres paridas ni preñadas,  
Ni la sinceridad del inocente:  
El capitán obsceno y los obscenos  
De mortales enojos iban llenos.



Salir desta manera les cumplia  
Por haber ido cien arcabuceros  
A buscar de comer antes un día;  
Lo cual sabiendo nuestros caballeros  
Acometieronles por cierta via  
En caballos lozanos y lijeros  
Creuyendo que pudieran ser vencidos  
Mejor que juntos siendo divididos.

Camina pues por donde les decia  
Un indio que tenian presas hechas,  
Mas ellos viendo la caballeria  
Se metieron por partes mas estrechas;  
Y como ya la noche se venia  
Hicieron apagar todas las mechas:  
Debieron de hacer estos conciertos  
Para no ser por ellas descubiertos.

Por tener estos fuera del cercado,  
Con el escuridad volan sobre ellos,  
Y el resplandor de Febo ya llegado  
Trabajan los leales de rompellos:  
Aguirre destas cosas avisado,  
Vino con los demás a socorrellos,  
Y armado de celada y coselete  
La gloria y vencimiento se promete.

Ansimismo parece que convino  
Al Aguirre tomar yegua lijera,  
De la cual por ventura se previno  
Por alcanzar alguno si huyera:  
Y á todos cuantos van por el camino  
Dicen que les habló desta manera,  
Estando los beodos insolentes  
De la boca del sucio muy pendientes:

«Hoy, marañones míos, es el día  
En que cumple que vuestra mano diestra  
De su grande valor y valentia  
A los contrarios dé patente muestra;  
Pues segun el negocio se nos guía  
La victoria tenemos ya por nuestra,  
Que todos son pastores y gañanes  
Y faltos de sagaces capitanes.

«Bien veis la gran ventaja que tenemos,  
Cuán principal el arcabuceria,  
Pues la voluntad dellos no sabemos  
Y creo que son todos de la mia:  
Y así de muchos dellos reharemos,  
Bastantemente nuestra compañía:  
Acudimos ha luego tanta gente  
Que haremos ejército potente.

«Vencidos estos pocos de villanos  
Y hecho nuestro campo mas pujante,  
El reino nos llevamos en las manos,  
Sin que cosa se ponga por delante;  
Por ser aquellos pocos haquianos  
Gentecilla soez y mal andante,  
Pues toda la demás gente valía  
Hace cuenta que toda será mia.

«Entrando lo haremos todo llano  
Sin soltar de las manos ocasiones,  
Y allí porné gobierno de mi mano  
Dejándolo debajo marañones.  
Con ditados de nombre soberano  
Y permanecerá sucesiones,  
Esto mismo haré por Quito y Lima  
Y todo cuanto cae por encima.

«Pues ¿quién podrá decir que mis prendados  
Teman lanzas, adargas ni paveses,  
Siendo por muchas vias obligados  
A padecer millones de reveses,  
A trueco de las rentas y ditados  
De grandes, duques, condes y marqueses?  
A ellos pues, á ellos, marañones,  
A ellos, mis fortísimos leones.»

Ningun descuido tienen los leales  
Al tiempo que él mostraba su cuidado,  
Antes aquellos hombres principales  
A los demás habian esforzado;  
E ya con el socorro de los tales  
A todos les habló Pablo Collado,  
El cual de lo pasado diferente  
Me dicen que les dijo lo siguiente:

«Señores, puesto caso que de Marte  
Yo conozco tener poca pericia,  
A lo menos sé bien que en cualquier arte  
De ciencia literal ó de milicia  
Lleva mucho quien lleva de su parte  
La razon, el derecho y la justicia,  
La cual suele ser tal y tan potente  
Que al mas cobarde hace mas valiente.

«Y así coligireis destas razones  
Que suele pelear con lanza blanda  
Quien sigue sus antojos y pasiones  
Sobre maldad fundando su demanda,  
Y ser lleno de grandes confusiones  
El áspero camino por do anda,  
Y el edificio de tan mal cimiento  
Suélelo derribar cualquiera viento.

«Pues ¿qué mayor justicia pretendemos  
Que esta de quien hoy somos defensores,  
Ó qué mayor maldad que la que vemos  
En estos atrevidos malhechores;  
Y que los enemigos que tenemos  
A Dios y al rey y á todos son traidores?  
Ellos defienden sola su nequicia,  
Nosotros la verdad y la justicia.

«Vienen quemando templos, heredades,  
Deshonrando doncellas y casadas:  
Sin frenos usan deshonestidades,  
Sin riendas ensangrientan las espadas;  
Matan los religiosos, los abades,  
Las mujeres paridas y preñadas,  
Jura siempre la gente fementida  
De nunca perdonar cosa nacida.

«Nosotros procuramos las enmiendas,  
Y á castigar delitos nos movemos,  
Honor de Dios, del rey, y dulces prendas  
De hijos y mujeres defendemos,  
Los granjeados bienes y haciendas,  
Descansos y quietud que poseemos,  
Y para poder ir á mas recado  
Habemos confesado y comulgado.

«Pues, señores, con tal prevenimiento,  
Con derecho y justicia tan notoria,  
Quien veamos en este rompimiento  
No terná por muy cierta la victoria:  
Vamos, vamos sin mas detenimiento,  
Que Dios nos quiere dar aquesta gloria:  
Trabaje cada cual lo que pudiere,  
Y haga él lo que por bien tuviere.»

Con vistosas posturas y lozanas  
Se compusieron luego los jinetes,  
El juvenil ardor las viejas canas,  
Aunque faltos de cotas y de almetes;  
Mas todos ellos con tan buenas ganas  
Como si fueran fiestas y banquetes,  
Sin miedo van á las contrarias balas  
Divisos en dos cuernos ó dos alas.

Con gran concierto marcha la reseña  
Y al tirano los pasos encamina:  
La derecha Gutierre de la Peña,  
La izquierda Pero Bravo de Molina,  
Y por su parte cada cual enseña  
No ser ayuno desta disciplina;  
Van pues con el recato necesario  
Todos ellos en busca del contrario.

Mas un Diego Gonzalez, lusitano,  
Acometió sin término ni tasa;  
Aguirre que lo vido tan cercano  
Dijo: «no le treis, que se nos pasa.»  
«Mentís, responde, como mal cristiano,  
Que no soy yo de tan bellaca masa.»  
Revuelve su caballo mas al sesgo,  
Y al fin del escudron salió sin riesgo.

De la parte leal incontinentemente  
La yegua del Aguirre fué herida,  
Él y ella cayeron juntamente;  
Mas por entonces no perdió la vida,  
Porque llegó gran cuerpo de su gente  
Para lo levantar de la caída:  
Dijoles: «ved quién fué, mis marañones,  
Y convidámelos con perdigonos.

Andaba de los suyos por dejallo,  
Segun que pareció, Diego Tirado;  
Batió luego las piernas al caballo,  
Huyendo del consorcio rebelado,  
Diciendo: «viva el rey, el rey mi gallo,  
El rey es mi señor, yo su criado,»  
Y recibido bien del que mandaba  
Volvió contra la parte que dejaba.

A la furia mortal hacen entrego  
Cuando el sol por zenit se les subia,  
Hervia militar desasosiego,  
Entró mayor calor del que solia:  
Quemaba todo bierro como fuego,  
Tanto ya no lo sufría:  
Rompen las voces la region del viento,  
Anda trabado duro rompimiento.

Dispara cargas furia presurosa  
De parte de la gente alteradas,  
Hizo nubló la pólvora fumosa  
Con unas y con otras rociadas:  
Mas ¿oh cosa de ver miraculosa!  
Que las balas salian muy cansadas;  
Pues solo del peligro descubierta  
El caballo de Bravo cayó muerta.

A parte mas estrecha se retira  
El traidor que los suyos bien anima;  
Mas los leales con su justa ira  
La quebrada rodean por encima:  
El tiro fulminoso que se tira  
A nadie mata, hierre ni lastima:  
Llegan las balas flacas y dolientes  
Por estar los cañones muy calientes.

Aguirre, viendo ya su mala suerte  
Y el impetu de tal caballeria,  
Poco á poco se va acia su fuerte,  
Y en sus alcances va Diego Garcia:  
Viéndose pues cercano de la muerte,  
Al tirano la gente le huia,  
Y aquellos que no fueron los menores  
Decian: «viva el rey, mueran traidores.»

Algunos le quedaron todavia,  
Que no huyeron todos de repente,  
Y con aquellos pocos aquel día  
El fuerte defendió como valiente;  
Pero como la noche se venia,  
Se le vino también toda su gente:  
Al fin á pertinaces en sus males  
Necesidad les hizo ser leales.

Aguirre procurando de salvarse,  
A la mar intentaba de volverse;  
Mas en el fuerte viendo rodarse  
Y no hallar montaña do meterse,  
Pura necesidad le hizo darse  
Sin muestra ni señal de defenderse:  
No duda que su vida se concluya,  
Pero con muerte de una hija suya.

«Oh bestia de las bestias mas noceiva!  
¿Sevisimo rigor de pestilencia!  
Dime, ¿qué furia tan crúel te priva  
De todo cuanto puede ser clemencia?  
¿Qué pierdes en dejar tu hija viva?  
¿Qué ganas en usar desa demencia?  
Al fin se le llegó con gesto fiero,  
Diciendo: «muere tú, pues que yo muero.»

La moza le responde: «padre mío,  
Mejor nueva pensé que se me diera.  
¿Qué mal, qué sinrazon, qué desvarío  
He cometido yo para que muera?  
Mejor lo haga Dios, y en él confío  
Que no moriré yo desta manera:  
Este pago me dais, este marido  
Por lo mucho que siempre os he servido.

«Cristianas gentes son entre quien quedo,  
Y á quien no daré causa de discordia:  
Mostrar con mujer flaca tal denuedo  
No es animosidad sino veordia:  
¿Desdichada de mí, pues que no puedo  
En mi padre hallar misericordia!  
No mas, señor, tened vuestra derecha.»  
Responde: «nada, hija, te aprovecha.

«Pasa por donde pasan los mortales,  
Dése fin á la gente pecadora,  
Acábense los malos con sus males,  
Mi día se llegó, llegue tu hora:  
No quiero que te digan los leales  
La hija del traidor, ó la traidora.»  
Y para colmo de sus malos hechos  
Dióle de puñaladas por los pechos.

Viendo tan infernales pareceres  
Al tiempo que cortó la verde malva,  
Huyeron del cercado las mujeres  
Y con ellas fulana de Torralba,  
Porque en ellas en estos menesteres  
No se hiciese semejante salva.  
Quedóse pues el mal aventurado  
De todo punto ya desamparado.

Entró para buscar algun despojo  
Un Ledesma luego por el fuerte,  
El cual con sobrecejo de mal ojo  
A mirar al Aguirre se convierte,  
Diciendo: «¿pese á mí con el gorgojo!  
Y ¿tú nos has traído desta suerte?  
Juzgárame por bajo y apocado  
Si en ti tuviera yo medio bocado.»

Los que cumplian tales mandamientos  
Todos debian de venir beodos:  
Aguirre con soberbios movimientos  
Dijo, viendo hablar por tales modos:  
«Solo bastaba yo para quinientos  
Si de vuestra manera fueran todos:  
Llegámeos por acá, tontillo pobre,  
Veréis cómo sé yo batir el cobre.

Entró luego tras él Diego Garcia,  
Y con él un Galindo y un Guerrero,  
Consortes de la mala compañía,  
Y cada cual en males el primero:  
Destos dos cada uno le decia:  
«Matemos este lobo carnicero.»  
Aguirre dijo: «y pues, malos novicos,  
¿Por ventura pensais de quedar vivos?»

«Señor maese de campo, mi derecho  
Guarde vuestra merced como á cualquiera,  
Que yo cristiano soy, y en tal estrecho  
Tengo de confesar antes que muera;  
E yo declararé de lo mal hecho  
El que corrió conmigo la carrera.»  
Los otros: «¿ah señor Diego Garcia!  
Acabémoslo ya, que desvaria.»

Al fin que como tanto le rogasen  
Aquellos á quien esto mas agrada,  
A estos les mandó que le tirasen,  
Y al uno que tiró dijo ser nada;  
Mas como mas de veras apuntasen,  
Cayó la bestia mala traspasada  
Sin alcanzar aquello que pedía:  
Parece ser que no lo merecía.

Concluyó la maldad, é yo concluyo  
Con decir que en memoria desta cosa  
Su cabeza llevaron al Tocuyo,  
Una ciudad de gente valerosa,  
Que goza del triunfo como suyo,  
Y hacen siempre fi esta generosa  
A los felices san Simon y Judas,  
Por ser miraculosas sus ayudas.

Cada año con pregon regocijado  
Celebran del triunfo la memoria,  
Y en toda la provincia y obispado  
A Dios y á estos santos dan la gloria:  
Y en este mismo día señalado  
Acabé de escribir la tal historia,  
Que hizo, por ser largos los escesos,  
Ansimismo prolijos mis digresos.

Luego mandó prender Pablo Collado  
A muchos de los impios tiranos,  
Y al Figueroa ya conmemorado,  
Matador de los frailes franciscanos,  
Por su mandado fué descuartizado  
Y puesto por caminos comarcanos:  
Viendo con tal rigor arder la fragua  
Huyóse por entonces Paniagua.



A la ciudad de Mérida camina  
De personas algunas socorrido ;  
Mas luego Pero Bravo de Molina  
Mandó con gran rigor ser inquerido :  
Hallado, por sentencia determina  
Ser por cuatro caminos dividido ,  
Y con solicitud y diligencia  
Ejecutaron luego la sentencia.

La muerte á doña Inés no se perdona  
Aunque su matador ya se buía,  
El cual pudo llegar hasta Pamplona  
Do el buen Ortun Velasco residia ,  
Una valerosísima persona  
En cuanto pide buena hidalguía :  
Aqueste capitán maravilloso  
Hizo justa justicia del Llamoso.

Allí se le llegó la postrer hora  
Por el enorme hecho cometido ,  
Y la muerte vengó desta señora ,  
Amigo del Ursúa conocido ,  
Haciéndose justicia vengadora  
En pueblo que fundó su muy querido :  
Pueblo fundado por Ursúa , digo ,  
Donde Llamoso padeció castigo.

Otros muchos trajeron al audiencia  
Del nuestro nuevo reino de Granada,  
Con los cuales usaron de clemencia  
Tanta , que ya sobró de moderada ;  
Pero dejemos esta pestilencia  
Que hizo muy prolija mi jornada,  
Por concluir aquí mi flaco Marte  
De sus elegias la primera parte.

Y no creo será menos gusto  
El segundo volumen que prometo ,  
Si Dios me proveyere de reposo ;  
Porque cierto me traen inquieto  
Movimientos de tiempo proceloso ,  
A quien forzosamente me sujeto ;  
Pues querer y poder no van a una  
En los acoceados de fortuna.

Sal, mi fiel escritura  
Donde te vea la gente,  
Que si Dios te da ventura,  
Será del invido diente  
Liviana la mordedura.

Quizá no serán los menos  
Los que te harán regalos ;  
Porque por tan anchos senos  
Donde hay disfavor de malos  
Hay también favor de buenos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAS ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES

POR JUAN DE CASTELLANOS.

ELEGIAS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

SEGUNDA PARTE.

DEDICATORIA

A la majestad del rey don Felipe, nuestro señor.

Columna de la religion cristiana,  
De católica fe firme sustento,  
Aquestas mis elegias os presento,  
Monumentos de gente castellana.

La vena que es estéril poco mana,  
Pero como, Señor, le deis aliento,  
Podrá la poquedad de mi talento  
Servir á majestad tan soberana.

Esta segunda parte se publica,  
La cual sobre real favor estriba  
Como cosa que tanto le conviene.

El don es pobre, la voluntad rica ;  
Esta, Rey soberano, se reciba  
Por ser de quien ofrece cuanto tiene.